

E. Pardo Bazán: profesión de fe literaria (Una carta desconocida a Francisco Giner)

JOSÉ LUIS VARELA IGLESIAS

Emilia Pardo Bazán consideraba que su intensa actividad como escritora era el mejor antídoto contra la depresión; en esa constante actividad hay que incluir, por supuesto, la epistolográfica, de la que vamos teniendo ya un razonable conocimiento,¹ a pesar de que la mejor porción, según mis cuentas, aparecerá pronto, y la constituye sin duda el epistolario dirigido a Giner de los Ríos, que ahora me ocupa, y del que anticiparé aquí una de sus sabrosas muestras: una de las pocas cartas fechadas con precisión y que nos brinda interesantes datos autobiográficos, fiables referencias a sus afectos personales, noticia expresiva de sus vínculos con los hombres de la Institución Libre de Enseñanza e incluso una suculenta profesión de fe literaria que incluye una temprana disidencia estética muy significativa con el hombre que por entonces, 1879, ejercía sobre la indecisa escritora de 28 años una relevante tutela intelectual y moral. Esta carta es, además, una de las más largas y nutridas de la correspondencia con Giner, constituida por 57 piezas, que van de 1876 a 1909,² es decir, de *Jaime* (1876), el libro de versos prologado y editado por Giner en Madrid, a *La sirena negra* (1908), si bien la proximidad al destinatario desde su separación matrimonial y consiguiente residencia en Madrid (1884), así como la progresiva autonomía de doña Emilia con respecto a su tutor y amigo, al que con frecuencia llama hermano, va adelgazando las epístolas, de tal modo que al final constituyen poco más que citas, recomendaciones o recados, a veces salpicados por impacientes preguntas por instrumentos que puedan sustituir las cartas mismas, como el teléfono; es bien sabido que la Pardo Bazán era una apasionada de las novedades técnicas que aquellas décadas iban proporcionando al hombre (teléfono, automóvil, máquina de escribir, etc.).

Desconocemos la fecha exacta en que traba contacto personal con Giner. Es seguro, sin embargo, que vino precedido por el trato asiduo con dos institucionistas muy próximos a Giner, Augusto González de Linares y Laureano Calderón, que enseñaron de 1872 a 1875 en Santiago de Compostela como catedráticos de Ciencias de aquella Universidad, hasta que, con motivo

¹ Especialmente Bravo Villasante 1978, Faus 1984, Freire López 1991. Téngase presente que la mayor parte de la correspondencia dirigida a la escritora, y que conservaba en su biblioteca del Pazo de Meirás (La Coruña), fue destruida cuando las obras de adaptación del inmueble para la residencia veraniega del general Franco.

² Esta correspondencia, cuya noticia debo a mi buen amigo Julio Caro Baroja (q.e.p.d.), se conserva en el archivo de la Real Academia de la Historia (Madrid), que me autorizó a su consulta, fotocopia y publicación, que desde aquí agradezco; está, convenientemente prologada y anotada, preparada en estos momentos para su inmediata publicación (vid. ahora -2002- en Varela 2001).

de la famosa 'cuestión universitaria' provocada por el ministro Orovio, fueron despojados de su cátedra hasta el año 81, que fueron repuestos en su dignidad por el ministro Albareda, si bien ninguno de los dos volvió a Compostela. Con Linares y con Calderón, pero sin duda más con el primero ("Augusto, que conoce bien mi carácter", confiesa en 1876 a Giner) habla de Giner y envidia la devoción que sus amigos profesan a don Francisco; por ellos consigue, probablemente, entrar en contacto con él antes de su definitivo traslado a Madrid.

La correspondencia se inicia con la discusión que suscitan ciertos enredos atribuidos a la luego condesa en un concurso literario celebrado en Orense y rematado en Oviedo, a los que la joven escritora ha concurrido y en los que ha resultado preterida Concepción Arenal, muy querida y admirada por los institucionistas; la Pardo defiende con toda energía su inocencia. Pero el incidente es revelador de la indecisión genérica en la que la joven escritora se debate: al concurso se ha presentado con una "Oda", pero también con un ensayo sobre Feijoo; en la carta que ahora se ofrece, se habla de su primera novela, *Pascual López*, que es el género predominante a lo largo de su vida, a pesar de una actividad poligráfica ramificada en poesía, ensayo, cuento, novela, drama ... y, si la vida llega a permitirselo, la gestión política.

El epistolario constituye, en su conjunto, una gráfica y progresiva ilustración de la autoafirmación personal y estética de doña Emilia; asoma, además, la ironía gallega de la escritora, haciendo amistoso blanco en las opiniones o persona de don Francisco. Pero ello, aparte de su afirmación, constituye un calculado contrapeso a dos rasgos caracterizadores de estas relaciones: la afectividad (se sabía más expansiva que distinguida) y su subordinación (es autodidacta provinciana; se sabe incomprendida e injustamente valorada, a pesar de su privilegiada posición social; escribe a un catedrático de Filosofía del Derecho de la entonces llamada Universidad Central de Madrid).

La Institución es para ella un hogar admirable de sabios virtuosos; proclama que la necesita "para renovar mi atmósfera moral" coruñesa; de tal modo que su "predilección por los hombres virtuosos en el amplio y alto sentido de la palabra" le hace concebir el proyecto de sumarse a ellos cuando concluya la crianza de sus hijos, que son dos en este momento, Jaime y Blanca: "Vds. son uno de los lazos que verdaderamente me atan a la tierra". Y si para su desgracia le ordenan los médicos que deje de dar su pecho a Blanca, "iré a curar mi tristeza con ustedes". Giner la tiene al principio por muchacha frívola e inquieta, diletante, sin "filosofía" ni conocimientos serios en materia alguna, indecisa entre el verso y la prosa, entre el ensayo y la novela. De aquí que ella acumule referencias a la educación de sus hijos y a su misma entraña de madre: se pasa el día llorando su incapacidad para la crianza o prefiere al menos dotado físicamente de sus hijos, Blanca, cuando la situación requiere su mayor entrega.

El desvanecido papel que parece desempeñar José Quiroga, su marido – comunica a Giner con disgusto disimulado su abandono de la escultura, su apatía política o los devaneos musicales con el maestro Chané – y la incompreensión general de toda la familia por sus desvelos literarios, no deben, sin embargo, hipertrofiar el papel que en su formación y vida desempeña Augusto González de Linares, cuyo encendido elogio contiene esta carta. Conviene asegurar que su relación con Augusto, instrumento seguro para el mejor conocimiento de la Institución, y en particular de Giner, es del mismo género que la inspirada por don Francisco: magisterio científico-pedagógico y admiración sincera por la ética personal-profesional, y de ningún

modo desviaciones de tipo erótico, como alguna vez se ha sugerido en razón de indicios no concluyentes.³

La carta de 1879 contiene, como puede comprobarse, un cortés y firme desacuerdo con Giner, referido a la formación y función social del escritor. La contestación de la Pardo Bazán es suficientemente explícita: permite la reconstrucción de la tesis de Giner, quien parece exigir al novelista una previa formación cultural ("un criterio muy exacto, filosófico, estético, etc., que ¡ay! no logrará acaso poseer nunca"), lo cual supone un durísimo rechazo de las ambiciones culturales de una autodidacta como la destinataria de la carta; pero que es de recibo en quien concibe la literatura y en general las artes con un destino educativo y pedagógico, ya que se trata de algo tan trascendente como su acción directa sobre la Humanidad. La joven escritora defiende, por el contrario, el carácter primordialmente lúdico de su actividad (goza, se distrae, "vivo cuando cojo la pluma"), lo cual va más allá o más acá de toda pedagogía, porque ahonda en la propia: el arte – viene a replicarle – es vida, aunque comience y concluya como un juego. Añadamos que en este momento la joven corresponsal de Giner no es autora sino de un ensayo sobre Feijoo, de un librito de poemas dedicado a su primogénito, de un trabajo crítico sobre poetas épicos cristianos y de una muy reciente novela de ambiente compostelano, *Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina*.

La independencia de la Pardo Bazán es cuestión de carácter, sin duda; pero se apoya en la tolerancia ante ideas ajenas y entre sí divergentes. En esta carta a Giner cita, por ejemplo, a Ortí y Lara como asesor y amigo, un conocido antikrausista y relevante tomista, así como podría haber asomado otro corresponsal con el que establece contacto por estas fechas, Menéndez Pelayo, y hasta, emulándolo, comunica su propósito de trazar una historia de las *Filósofas y teólogas españolas de los siglos XVI y XVII*. Esta independencia le conducirá a distanciarse del neocatolicismo español – sobre todo cuando visite Bélgica y hable con altas personalidades del catolicismo de este país –, rechazar las ideas pedagógicas de *El Siglo Futuro*, afirmar su heterodoxia frente al realismo naturalista o simplemente defender la coeducación y el sistema Froebel, que apadrina la Institución, ciertamente, pero que practican "las buenísimas Hermanas de la Caridad de La Coruña" y practicó con ella su padre. Es evidente, no obstante, que esta independencia no fue comprendida ni admitida por el sectarismo ambiente. Bien lo sabía la propia Condesa de Pardo Bazán. En una de las varias necrologías de Giner que escribe en 1915, confiesa: "No pocos amigos míos, de otros colores, andaban preocupados con el temor de que, por la amistad que me unía a Giner y a varios profesores del mismo matiz, fuese yo una recluta de sus huestes".⁴ Y aunque después de este rechazo afirme que "nos faltaba tiempo para hablar de arte", lo cual constituye una verdad parcial, como lo demuestra la carta que sigue, lo cierto es que no sabía ni podía ser recluta quien había nacido para capitana.

Hoy septiembre 19-1879.

Sr. Dn. Francisco Giner

³ Bravo Villasante (1962:36-39) reproduce unos versos juveniles en los que muestra cierto apasionamiento platónico por un hombre "superior" que ha de abandonar el lugar de los amantes por un "triste clima extraño". En 1984, la editora de la correspondencia de Doña Emilia con Linares, Pilar Faus (1984), dice que el biógrafo de Linares, B. Madariaga de la Campa, identifica a Linares como el destinatario del poema amoroso, y además prolonga, a la vista de la ya conocida e intensa vida sentimental de la condesa, esa pasión amorosa, antes y después de la separación matrimonial de la escritora. Por mi parte opino que Madariaga no confirma explícitamente esa identificación y que las relaciones apuntadas por la editora son meras hipótesis con escaso fundamento (cf. Madariaga de la Campa 1972:32s. con Faus 1984:280, 282, 287, 289 y 298).

⁴ Pardo Bazán 1915:158.

Hubiera contestado a su bienvenida carta, amigo mío, el mismo día en que la recibí, pero casualmente aquel día estuve muy enferma, con un fuerte ataque hepático (vea V., ¡yo que tengo tan alegre y apacible humor!), y aún hoy no me encuentro del todo bien; pero, a guisa de medicina, me tomo el buen rato de contestar, punto por punto, a sus cariñosas letras, que son siempre para mí, un acontecimiento muy feliz.

Empiezo por protestar enérgicamente contra lo de "haber podido olvidar a Augusto" aunque sospecho que es casi ociosa la protesta ... V. tiene el pleno convencimiento de que quiero a Augusto más que V. mismo, porque entre un hombre y una mujer que quieren, ¡hay tal distancia de matices delicados e intensos!. Una amiga tiene siempre algo de madre; y yo aseguro a V. que mucho antes de tener hijos, experimenté por Augusto el sentimiento que inspira un ser puro, buenísimo y sin mancha, al cual se ve expuesto, por su misma pureza, a todas las embestidas y choques sociales. V. me conoce además lo bastante ya para comprender que si no valgo lo que Augusto, cuando menos sé apreciarle en lo que vale: y así no cabe olvido. – Pero aparte de estas disculpas y pruebas morales, (que serán para V. plenamente convincentes, así lo creo) las tengo materiales en cartas de V. que puedo enviarle si gusta!. Cuando V. tuvo la delicada atención de noticiarme la muerte de Heraclia (Dios se lo premie por adivinar así lo que puede interesarme) añadió, al mismo tiempo, que Augusto estaba triste, enfermo & – Inmediatamente escribí a V. apremiándole para tener más noticias, y V. algún tiempo después, no mucho, me contestó tranquilizándome y diciéndome que Augusto "se había rehecho y lanzado al trabajo". No viene persona de Madrid a quien yo no pregunte por él y – ande V., ingrato – por V. también. Excuso añadir que mis preguntas no traspasan nunca el límite estricto que la discreción señala, aún tratándose de amigos tan verdaderos y caros como VV. – Ahora me llena de contento lo que V. me dice de que los médicos responden ya de Augusto. Su edad viril parece que debe ya garantizar lo de la tisis: pero su hermano tampoco estaba en los años más peligrosos, y sin embargo!. Pero él merece vivir (a pesar de que no sé hasta qué punto es un bien la vida: y no achaque V. este punto de vista a mi ataque al hígado, pues siempre pensé igual). Pero la existencia de Augusto es preciosa, sino para él, para los que le conocemos y amamos. – Vamos al segundo cargo.

Aquí sí que me confieso culpable: no he enviado a V. el *Estudio Crítico*⁵ (cargue el diablo con él) muy de propósito y deliberadamente. No tengo yo vanidad tan quisquillosa ni prurito tan pueril que me ofendan las censuras que dicen relación a la forma, valer y mérito de mis escritos: y puede V. preguntárselo a Ortí y Lara, a Núñez de Arce,⁶ a varios amigos censores que pudiera indicar a V. y cuyas indicaciones he atendido siempre. Lo que hay es que en la anticipada censura de V. advertí (¿cómo lo diré para que no interprete V. mal mi idea?) *algo más y algo menos* que en las de ellos. Había más apasionado cariño, más celo, más interés por mí: y había, por lo mismo, menos serenidad. V. buscaba en su crítica el fondo mismo de mi pensamiento de escritora, y decía *a priori*: Esta mujer sin convicciones robustas, sin más que un diletantismo artístico que peca de ligero e informal, no puede haber hecho nada que no sea un desatino!. – Desde su punto de vista tenía V. razón: pero para asentir a ciertos criterios, se necesita precisamente lo que a mí me falta; y comprendiendo con dolor que,

⁵ Pardo Bazán 1876.

⁶ Juan Manuel Ortí y Lara (1826-1904), fecundo publicista y catedrático de Filosofía, tomista y enemigo de los krausistas, es autor de *Krause y sus discípulos, convictos de panteísmo* (Ortí y Lara 1864) y *Ensayo sobre el catolicismo* (Ortí y Lara 1865). La compañía aquí del famoso poeta Gaspar Núñez de Arce (1832-1903) no parece debida a su grandilocuente poesía civil y menos a su menosprecio de los "suspirillos germánicos", que expondrá luego, sino a su simpatía por los krausistas, con lo que doña Emilia quiere evidenciar su objetividad e independencia.

hallándose tan acordes nuestros sentimientos, había de existir siempre desconcierto en nuestros juicios, no quise provocar nuevas rencillas. ¿Hice mal? ¿quiere V. que le mande el libro así y todo? *as you like it*. – Así como en lo relativo al *supuesto olvido* me hallo serena en mi impecabilidad, en esta cuestión literaria no tengo tan tranquila la conciencia. Yo quisiera tomar las cosas como V. las toma; pero si no puedo!. Creo, y esta es mi profesión de fe, que el que tiene disposiciones para escribir debe hacerlo; empezando por poco para ir a más; errando algunas veces para acertar otras; en estilo florido o severo, alto o bajo, como pueda; de asuntos graves o frívolos, según le dicte su temperamento; sin aspirar a la suma perfección, y sin creerse superior a los demás; respetando el gusto y el decoro, pero con cierta soltura; y sin aguardar para todo ello a formarse un criterio muy exacto, filosófico, estético &, que ¡ay! no logrará acaso poseer nunca!. – V. no cree esto: he aquí en lo que diferimos. – Quizá mi error consista en figurarme que tengo disposición para escribir: pero en esto, si pecho, es de completa buena fe. Y en lo que no me equivoco, es en creer que gozo, que me distraigo y que vivo cuando cojo la pluma. – Y es lo bueno que al experimentar este placer, no creo hacer nada trascendental ni importantísimo; hay cincuenta mil que escriben como yo, sobre poco más o menos, y no influyen sensiblemente sobre la humanidad. Mi humorismo se ceba en mi propia labor, cuando con más gusto la estoy cumpliendo. Lo que sí es cierto es que, si sus censuras de V. pudieran dolerme bastante más que las de los indiferentes, en cierto respecto, en otro casi me regocijan, porque suponen que se ocupa V. de mi bien y que le intereso a V., si no, me dejaría por cosa perdida ¿no es cierto?.

En cuanto al tercer cargo, ya había V. comprendido el porqué no pude ir a Madrid este invierno pasado. Mi embarazo me lo vedaba absolutamente. Por lo demás, ¡quién lo desea como yo!. La falta de ciertas expansiones que sólo VV. pueden proporcionarme, me entristece de tal manera, que no es mucho asegurar que ella tiene la culpa de esta enfermedad que tan mal parada me trae. Tengo horas de melancolía profunda, y necesito, de veras, un poco de esparcimiento. Mi corazón se dilata con mis hijos; pero imprescindiblemente he menester estrechar su mano de VV. para renovar un poco mi atmósfera moral. Así es que estoy resuelta, en cuanto termine la cría de Blanca (Dios quiera que mi salud me la deje terminar: ahora temo mucho, por ella, no criarla como yo quisiera) – estoy resuelta, repito, a ir a Madrid; si la abuela *me deja* llevarme al primogénito, mejor; si no, será la estancia más breve; pero de todas suertes, iré; estoy decidida; ya me parece que falta un siglo. Pero mucho temo que he de serle a V. inútil para los grandes planes que cuenta realizar con mi ayuda.

¡Continúo, hoy 27!. He estado mal, mal, abatida y con un derrame de bilis que me puso de color de pergamino – guardé cama – ya estoy bien – prosigo.

Digo, que nadie como yo comprende la falta que le hace a Augusto – que tan amante es – la familia *propia*, pero declaro que no conozco – no digo media docena, ni una *mujer útil* para él. V. se sabe de sobra lo que Augusto tiene derecho a exigir de su compañera. La necesita *joven*, para poder formarla, simpática, para amarla; distinguida, porque eso, si no nace con la mujer ¿quién lo infunde?. – Además requiere la mujer de Augusto ser *muy poeta*, para asociarse a las grandes aspiraciones de Augusto; y *muy práctica*, porque como él tiene en ciertas materias la inocencia bautismal, importaría que ella fuese un espíritu positivo en el buen sentido de la palabra. ¡Cuántas cosas! y otras mil que me callo, porque V. las sabe mejor que yo. Pues entre las niñas casaderas que conozco, ¡lo dicho, ni una! – Esta fría helada, por casquivana aquélla, la de más allá porque quiere marido rico, la otra porque es poco discreta ... y muchas porque, siendo quizás muy buenas, carecen de todo encanto ... Ello es que si Augusto

y V. fueran capaces de transigir con el ideal. Augusto podría casarse. No faltaría una joven, más o menos interesante, buena hasta cierto punto, el que basta para hacer grata la sociedad íntima, capaz de ser madre de unos hijos que fuesen el embeleso de su padre ... y *voilà la difficulté tranchée*. Pero esa compañera no necesito yo buscársela: en cualquier lado la hallará. Que se resigne a suprimir infinitos pormenores, quizá no esenciales para la dicha doméstica, y que acepte un *modus vivendi*, y no dudo sea fácil crearle un menaje. Mas mucho me temo que no se conforme él con este criterio (de antemano, digo: que, por lo demás, la inmensa mayoría de los hombres se casan en esa forma, y viven, pero no se confiesan a sí propios que rebajaron más de las tres cuartas partes del ideal). Por lo que a mí toca, como considero a Augusto una criatura aparte, necesitaría, para presentarle una mujer y decirle seriamente “pudiera convenirle a V.”, necesitaría, repito, querer, respetar, admirar y estar encantado con ella. Recién nacido Jaime, y en el primer júbilo maternal, recuerdo que le escribí: “cásese V. a toda costa”. Pero después, reflexionando, comprendí que el matrimonio, si no se realiza en condiciones de probabilidades de armonía, es una temeridad espantosa. Cadena que no puede romperse, hay que mirar cómo se suelda. Por lo demás, la ida de Augusto a París, me parece muy bien. Quizás en el extranjero, en donde hay más mujeres educadas e instruidas, halle Augusto algo a su medida.⁷ En España, a no intervenir la casualidad, me parece, querido Paco, difícilísimo. – De V. quiero saber o qué ocurre, y por qué ese suegro en proyecto no quiere darle a V. su hija, queriendo ella, por lo visto, a V.. ¿Qué clase de persona, es decir, qué ideas, hábitos y criterio tiene ese señor?. ¿Nace su oposición de que le considera a V. un *mal partido*, en la acepción vulgarísima de la frase? ¿o son prevenciones religiosas, políticas quizá, las que le mueven?. Ya que ha empezado V. a confiarse a mí, acabe y dígame todo; todo me interesa en el alma; ya creía era V. dichoso o estaba próximo a serlo; ¿por qué han de venir esos obstáculos?. No necesita V. la familia menos que Augusto, por cierto; y ya que su buena estrella le había deparado una mujer a la medida de su corazón me servía de regocijo pensar que iba a desaparecer ese estado de soledad en que, por desgracia, viven tantos de los que yo más quiero!. Así Augusto; así Laureano Calderón; y así V.⁸ ¿Es que la bella mitad del género humano no sirve sino para hombres de *poco pelo*?

¡Con cuánto gusto trataría a esos jóvenes de que V. me habla!. La juventud es siempre muy simpática, aún cuando se traduce en arrebatos *tenorioscos*; ¡figúrese V. cuando se presenta realizada por tanta fe, dignidad y cordura!. No pierdo las esperanzas de conocer a esos niños profesores, cuya enseñanza me sería tan útil. Por la Institución pregunto siempre. Macpherson⁹ diría a V. que le crucifiqué a preguntas; a mí me interesa la institución; desde luego, por VV.; y después, porque la he visto salir como a Minerva del cerebro de unos dos o tres hombres de convicción, que no contaban absolutamente más que con su voluntad firme: y como las

⁷ Augusto González de Linares (1815-1904), de quien se habla anteriormente, casó, efectivamente, con una medio española, en París, 1881: con Luisa de la Vega Wetter, hija de un escritor y periodista español que residía en Francia y de francesa, de origen alemán.

⁸ Laureano Calderón y Arana (1847-1894), de quien se habla en las líneas preliminares, catedrático de Química Orgánica, desposeído por Orovio en 1875, uno de los más próximos colaboradores de Giner, es conocido entre sus colegas por la invención de un instrumento, el estauróscopo, que determina los ejes de elasticidad óptica de los cristales. Se alude aquí al celibato de D. Francisco. Conviene añadir que Linares lo puso en contacto con una tía de los luego famosos poetas Machado, a la que pretendió en 1876; Giner da por terminado “el ensueño de matrimonio” en marzo del 77. María Machado, lo mismo que Giner, murieron solteros.

⁹ José Macpherson Hemas (1829-1902) es uno de los introductores de la petrografía en España y autor de numerosos trabajos sobre las rocas de varios lugares (Galicia, Sevilla, Cádiz, etc.). Al final de su vida se interesó mucho por estudios y trabajos fotográficos (cf. Alastrué y Castillo 1968).

obras de la voluntad me atraen (quizás por mi propio fondillo escéptico) me gusta la Institución! – Me alegro de haber sido grata a Macpherson, que lo fue a mí tanto: pero ¿sabe V. por qué le *seduje*, como V. dice?. No crea V. que lo tengo por oficio, ni menos que soy así tan afable y tierna con todo bicho viviente – protesto –. Es que como VV. y lo que viene de VV. me halaga tanto, y me reconcilia de tal modo con el género humano; como el espectáculo de la honradez y belleza moral de VV. disipa tanto mi *spleen* y rasga los vapores de mi pesimismo, me hallo feliz, y la dicha me pone amable. Yo misma me reconozco transformada. Y es lo más gracioso que apenas pienso como VV. en cosa alguna; pero mi corazón y mis sentimientos me dominan. Casi creo que soy otra, tal es mi afortunado cambio. He ahí por qué todos VV., sin remisión, tienen que estar muy prendados de mí; por aquello de *amor, che a nullo amato amar perdona* ... Les quiero tanto, que sería de ver que no me pagasen, de grado o por fuerza. – VV. son uno de los lazos que verdaderamente me atan a la tierra. Ve a V., Azcárate,¹⁰ por ejemplo ¿cómo ha de dejar de estimarme un poco, si yo tengo de él tan excelente concepto como se merece?. Estoy tan dispuesta a ser su amiga, que casi, sin tratarlo; hablo de él como de un conocido muy antiguo – como hablaba de V. antes de haberle visto nunca, cuando tenía de V. terribles *celos* por lo mucho que le recordaban Augusto y Laureano (especialmente el primero). Y ha de saber V. que una de las pocas cosas buenas del todo que hay en mi carácter, es la predilección por los hombres virtuosos en el amplio y alto sentido de la palabra. – Jamás reí las gracias de ningún *calavera*, ni vi sin impaciencia bajezas y pequeñeces.

Veremos si otro año soy más afortunada cuando V. venga a Portugal. He leído sus artículos (los que cogen las Revistas que recibí, que no son más que las que van de mi novela).¹¹ La cual puede V. criticar hasta en puntos y comas – no me enfadaré –. Pienso reincidir en delito de novela tan pronto tenga tiempo. – Sus artículos de V. son instructivos y nutridos, como todo lo que V. escribe (volvamos bien por mal, muy cristianamente).

Prosigo el 30. – No sé cuando va a terminar esta carta – hoy estoy muy triste y alicaída, porque pasó por aquí un buen facultativo de Santiago, me vio y opinó que probablemente no podré criar. Es la perspectiva que más me aflige; me paso el día llorando. Veremos si hablando con V. me esparzo un poco. Si tengo que renunciar a criar a mi hija, creo que me hará más daño que la misma enfermedad. El instinto es tan poderoso, que comprendiendo yo que Jaime hoy vale mucho más que la niña (tal está de hermoso y listo) mis arrebatos ahora son por la pequeñita, que ni ve, ni entiende lo que la adoro. ¡La nodriza completa tanto a la madre!. Yo he de luchar, y hasta soy capaz de irme con Blanca a otro clima: ¡qué sé yo lo que haré!. Como en el mal que tengo la cría me afecta principalmente a mí y no a la niña, me decido más a luchar hasta ver si venzo esta afección gastro-hepática.

Este mismo facultativo auscultó a Jaime y lo halló bien, este niño alarma al pronto por la profundidad de sus ojos y por la delicadeza de sus facciones y cutis, pero lo cierto es que al mismo tiempo es derecho como un huso y tiene su musculatura de hombrecito ya. El régimen dietético que V. me indica es mi predilecto; yo apenas le daría carne; pero su abuela se empeña

¹⁰ Gumersindo de Azcárate (1840-1917), catedrático de la Central, expulsado también en 1875 por la “cuestión universitaria” (como Giner, Salmerón, Linares, Calderón o Macpherson) emprendió una larga e importante carrera política frente a Cánovas y como miembro desde 1873 del Partido Republicano Progresista. Aparte de una extensa obra política y jurídica, es autor de la famosa *Minuta de un testamento* (1876), escrita durante el destierro que siguió a su destitución universitaria, y que constituye, a juicio de un estudioso, “un manual del perfecto krausista”.

¹¹ Se refiere a *Pascual López*, *autobiografía de un estudiante de medicina*, que había ido apareciendo en sucesivas entregas de *Revista de España* a partir del t. 68 (1879), y que constituye precisamente su primer ensayo novelístico (cf. Pardo Bazán 1879).

en dársela diciendo que “la carne, carne cría” ... Tampoco transige con lo de no aprender a leer, es cierto que lo hace insensiblemente, jugando. En cuanto a cosas que puedan excitar la imaginación, suprimidas; él es muy propenso a vagos terrores, a sueños terribles, y no se le mentan siquiera hadas, brujas, ni cosas de este jaez. Yo hasta me opuse a que aprendiese el Catecismo; hay en él nociones metafísicas que no puede digerir. Pero va conociendo animales, plantas etc., con los ojos.

Ya ve V., mi querido Paco, que le escribo, y largo, y que no le olvido un minuto siquiera. Si – lo que Dios no quisiera – tengo que suspender la cría, iré a curar mi tristeza con VV. Pero no me rendiré sin pelear; y tengo esperanzas, diga lo que quiera el médico; mi color es bueno y soy joven. No me olvide V. a su vez; cese toda inquina, que no merezco, y no me regatee el bien de sus cartas. Hábleme V. de sus asuntos propios, como le hablo yo de los míos. Ya ve V. que al poner V. su carta en el correo, se halló con la mía; no es V. para mí – como con atroz coquetería supone – sujeto *eclipsable*. Muchos *amigos* voy teniendo, es cierto, y algunos creo que sinceros: pero ¿serán tantos?. Y sobre todo ¿responderán a lo que V. y Augusto responden? ¿me llenarán el alma de consuelo como VV.? en fin, no digo más, porque lo sabe V. demasiado quizá y por eso se vende caro. – Cariños de todos. Mis angelitos le envían un beso, y yo soy su amiga de corazón

J. Emilia ¹²

Mi marido está en Orense; a pesar de mis excitaciones abandonó la escultura; lo cual es lástima de veras. De salud está bien. – Cuando V. me escriba, dígame algo de D. Nicolás Salmerón, me aseguraron que no está bien de fondos, y me anunciaron una evolución en su orden de ideas, en sentido *herbertiano spenceriano*.¹³ Ya sabe V. que profeso respeto y afecto a Salmerón por su entereza moral y su interesantísimo carácter. Holgaré de saber que lo pasa todo lo bien posible.

P. D. Esta carta es un abuso. ¡Cuidado con las dimensiones!.

¹² Hasta 1884, ésta es la firma que utiliza doña Emilia, siguiendo una costumbre de las damas distinguidas, que anteponían a su nombre la inicial del marido.

¹³ La noticia parece preciosa; pertenece, en realidad, a la evolución experimentada por el pensamiento español después de la Revolución del 68, cuando la vanguardia del espiritualismo idealista de los krausistas ha de dejar paso a spencerianos, positivistas y materialistas. Nicolás Salmerón (1838-1908) fue eminente figura de la universidad y de la política: catedrático de Metafísica hasta su muerte, llegó a presidir la República española. Famoso por su austeridad y tolerancia, renunció a la presidencia por negarse a firmar una orden de ejecución. Sus *Obras Completas* constan de cuatro vols.

Bibliografía:

- Alastrué y Castillo, E. (1968): *La personalidad y la obra de Macpherson*. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Azcárate, Gumersindo de (1876): *Minuta de un testamento*. Madrid, Victoriano Suárez.
- Bravo Villasante, Carmen (1962): *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*. Madrid, Revista de Occidente.
- Bravo Villasante, Carmen (ed.) (1978): *Emilia Pardo Bazán: Cartas a Benito Pérez Galdós (1889-90)*. Madrid, Turner.
- Faus, Pilar (1984): “Epistolario de E. Pardo Bazán-Augusto González de Linares (1876-78)”. En *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* 60, p. 271-313.
- Freire López, A. M. (ed.) (1991): *Cartas inéditas a E. Pardo Bazán (1878-83)*. Prólogo de J. Filgueira Valverde. La Coruña, Fundación Barrié de la Maza.
- Madariaga de la Campa, B. (1972): *Augusto González de Linares y el estudio del mar. Ensayo crítico y biográfico de un naturalista*. Santander, Diputación Provincial.
- Ortí y Lara, Juan Manuel (1864): *Krause y sus discípulos, convictos de panteísmo*, Madrid, Tejado.
- Ortí y Lara, Juan Manuel (1865): *Ensayo sobre el catolicismo*. Madrid, Tejado.
- Pardo Bazán, E. (1876): *Estudio crítico de las obras del P. Feijoo*. Madrid.
- Pardo Bazán, E. (1879): *Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina* (aparece en sucesivas entregas de la Revista de España a partir del t. 68). Madrid.
- Pardo Bazán, E. (1915): “La vida contemplativa”. En: *La Ilustración Artística* 1731, p. 158. Madrid.
- Varela Iglesias, José Luis (2001): “E. Pardo Bazán: epistolario a Giner de los Ríos”. En: *Boletín de la Real Academia de la Historia* XCVIII, p. 327-390 y 439-506.